

## **PARA CONSTRUIR LA COLUMNA ROJA. EL PARTIDO COMUNISTA ARGENTINO Y LAS FUERZAS ARMADAS DURANTE LOS AÑOS 70**

NATALIA CASOLA \*

**RESUMEN:** El presente artículo examina el lugar de las Fuerzas Armadas y de seguridad en el programa del Partido Comunista argentino y la relación históricamente construida con un sector de los uniformados. Por un lado, pone de relieve que desde fines de la década de 1930 el trabajo con este sector se llevó a cabo en conformidad con la política de Frente Democrático Nacional. Por otro, examina la materialización de esta orientación en el apoyo a una u otra facción militar durante episodios importantes de las décadas de 1960 y 1970. El principal objetivo de este trabajo es demostrar que la línea del PC era estructuralmente sensible a las caracterizaciones sobre la evolución de las internas militares. En su visión siempre era posible elegir entre fracciones lo cual creaba las condiciones de posibilidad para la línea asumida a partir de 1976, el apoyo “táctico” a Videla y el llamado a construir una “convergencia cívico militar”.

**PALABRAS CLAVE:** Partido Comunista; Fuerzas Armadas; Frente Democrático Nacional.

**ABSTRACT:** This article examines the place of the armed forces and security on the agenda of the Argentine Communist Party and historically constructed relationship with a sector of the military. On the one hand, shows that since the late 1930s working with this sector was carried out in accordance with the policy of the National Democratic Front. Furthermore, it examines the realization of this approach in supporting one or another military faction during major episodes of the 1960s and 1970s. The main objective of this work is to demonstrate that the PC line was structurally sensitive characterizations on internal military developments. Was always possible to choose between fractions which created the conditions of possibility for the line taken from 1976, the “tactical” support Videla and the call to build a “civic-military convergence” in his vision.

**KEYWORDS:** Communist Party; Armed Forces; National Democratic Front.

**RESUMO:** Este artigo analisa o lugar das Forças Armadas e de segurança na agenda do Partido Comunista argentino. Por um lado, mostra que desde o final dos anos 1930 que trabalham com esse setor em conformidade com a política da Frente Nacional Democrática. Além disso, examina-se como esta abordagem resultou no apoio a uma ou outra facção militar durante grandes episódios das décadas de 1960 e 1970. O principal objetivo deste trabalho é demonstrar que a linha de PC foi estruturalmente sensíveis aos desenvolvimentos internos dos militares. Sempre era possível escolher entre as frações. Ao tempo longo, sua visão colocó as

---

\* Programa de Historia Oral, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires / CONICET (Argentina). E- mail: nataliacasola@hotmail.com.

Recibido: 12 de Junio de 2014 | Aceptado: 15 de Julio de 2014.

condições de possibilidade para a linha adoptada desde 1976: o apoio “tático” ao governo de Videla e o chamado para construir uma “convergência cívico-militar”.

**PALAVRAS-CHAVE:** Partido Comunista; Forças Armadas; Frente Democrático Nacional.

**CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO:** Casola, Natalia (2014) “Para construir la Columna Roja. El Partido Comunista argentino y las Fuerzas Armadas a lo largo del siglo XX”. *Taller (Segunda Época). Revista de Sociedad, Cultura y Política en América Latina*, Vol. 3, N° 4, pp. 156-170.

## INTRODUCCION

Para la dirección nacional del Partido Comunista (PC) el golpe de Estado perpetrado el día 24 de marzo de 1976 no marcaba el inicio de una nueva dictadura militar<sup>1</sup>. En la lectura inicial del partido, la cual demostró una sorprendente resistencia al paso del tiempo y a todo tipo de desengaños, el golpe materializaba, en primer lugar, el tan meneado y deseado final del “caos” y en segundo lugar, planteaba la posibilidad de conformar un gobierno de coalición amplia, de todos los partidos políticos y sectores sociales interesados en normalizar la vida constitucional del país. En el análisis partidario la Presidencia de J. R. Videla representaba una garantía para estos planes en tanto líder del ala “moderada” de las Fuerzas Armadas, una corriente de militares con los que, afirmaban, era posible dialogar, negociar y hasta gobernar, en contraposición a los así llamados “pinochetistas” o “duros”, un epíteto que no dejaba lugar a equívocos habida cuenta que el dictador chileno Augusto Pinochet era un enemigo declarado del comunismo internacional. Por tanto, la disputa entre fracciones uniformadas al interior de la Junta Militar constituía un elemento clave de su caracterización. Para el PC, el “pinochetismo”, aunque minoritario, preparaba junto al terrorismo paraestatal heredado del periodo anterior un nuevo golpe de Estado o autogolpe para imponer una “verdadera” dictadura militar. Por todo esto, la política decidida por la dirección del partido para el periodo abierto en marzo de 1976 consistía en lo siguiente: la defensa “táctica” del gobierno del general Videla para frenar las ambiciones de los sectores “pinochetistas”. En el análisis de los comunistas, la diferencia principal entre las facciones radicaba en el alcance que darían a los planes represivos. Mientras los “moderados” la acotarían a la llamada “subversión”, es decir a las guerrillas denominadas por el PC como la “ultraizquierda”, los “pinochetistas” se valdrían de la colaboración de las bandas “fascistas” para llevar el terror a toda la población, especialmente a los sectores democráticos del país, entre los cuales, sin lugar a dudas, se alistaban ellos mismos. De este modo, el PC señalaba la necesidad de que el nuevo gobierno fuera capaz de neutralizar el accionar de las bandas terroristas tanto de derecha como de “ultraizquierda”, las que, con sus “provocaciones”, debilitaban al sector de Videla y abrían el camino a una “dictadura”. Por esa razón, el PC se proclamaba enemigo del “terrorismo de ambos signos”.

Desde muy variados ámbitos se ha intentado explicar por qué el PC, un partido de izquierda con una larga trayectoria, ilegalizado y anatemizado en diversas ocasiones,

---

<sup>1</sup> Esta fue la postura oficial del partido a lo largo de todo el periodo. La memoria oral sobre la reunión del Comité Central que definió la línea a seguir indica que hubo una fracción minoritaria encabezada por Héctor Agosti que habría tenido una opinión contraria. No obstante, no hemos podido encontrar pruebas documentales que confirmen esta versión.

sostuvo una posición que, como mínimo, era condescendiente con un régimen militar que arremetió con una violencia de características inéditas sobre un amplio sector de la sociedad movilizada bajo distintas banderas políticas. En algunos trabajos ya clásicos se sostuvo que la posición del PC era, en verdad, una imposición de la Unión Soviética (URSS) interesada en cultivar las relaciones políticas con la dictadura en un contexto de fuerte crecimiento del comercio bilateral y de unidad en los foros internacionales<sup>2</sup>. Sin desmerecer el papel de la URSS y el peso que la relación bilateral tuvo en el partido en otros artículos sostuvimos la importancia que tuvo el mantenimiento de la legalidad partidaria y las prerrogativas derivadas de ella<sup>3</sup>. En este trabajo, en cambio, buscamos demostrar que las caracterizaciones iniciales elaboradas por la dirección comunista eran coherentes con la lógica política con la que el partido había analizado la realidad en las últimas décadas<sup>4</sup>. Una lógica fuertemente pragmática cuyos fundamentos debían buscarse en la estrategia de la “revolución democrática” que se remontaba a los últimos años de la década de 1920. De acuerdo con esta estrategia el PC apuntaba a la construcción de alianzas amplias, las supuestamente “posibles” para cercar el avance del imperialismo y sus aliados políticos. Entre los sectores que debían conformar ese “frente democrático” se incluía, además de los partidos políticos, sindicatos y referentes de distintas religiones, a las Fuerzas Armadas. Por eso, en todas las épocas el partido había establecido destacamentos de militantes avocados en forma exclusiva al diálogo con los uniformados y la información obtenida en estas reuniones era tenida muy en cuenta a la hora de caracterizar quién era quién dentro de las Fuerzas lo cual los llevó, en más de una ocasión, a sobreestimar estos contactos y a caracterizar a un militar como democrático solo por la relación que sostenía con el cuadro del partido que lo “atendía”. De conjunto, toda esta lógica dirigida a la construcción de alianzas amplias, de naturaleza fuertemente defensiva, fue creando las condiciones de posibilidad para la línea elaborada a partir de 1976. En suma, en este artículo proponemos una reconstrucción histórica de la política del partido hacia las Fuerzas Armadas y de seguridad con la finalidad de demostrar que el apoyo “táctico” a Videla no cayó como rayo en cielo sereno, sino que era una consecuencia posible de una política de largo aliento.

## EL PAPEL DE LAS FUERZAS ARMADAS EN LA INSURRECCIÓN

El origen histórico de la concepción que el Partido Comunista tenía sobre las Fuerzas Armadas se halla en la Revolución Rusa y el papel de las mismas en la caída del régimen zarista y el triunfo de los bolcheviques. En forma resumida, señalemos que la

---

<sup>2</sup> Carlos Echague *El Socialimperialismo Ruso en la Argentina*, Ágora, Buenos Aires, 2da Edición, 1986.

<sup>3</sup> Para ampliar, véase, Natalia Casola “¡Los comunistas no somos subversivos! El PC y la última dictadura militar (1976-1983)” en *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*, Año 1, N°2, primer semestre de 2013.

<sup>4</sup> Algunos artículos de reciente aparición también profundizan sobre las condiciones internas que explican la posición sostenida durante la última dictadura, demostrando que en la dirección del PC argentino existía un interés genuino para apoyar “tácticamente” a la facción de Videla en contraposición a la percepción tradicional de la historiografía que vinculaba esta política a los intereses de la Unión Soviética. Véase Paula Daniela Fernández Hellmund “Acerca de la convergencia cívico-militar del Partido Comunista de la Argentina (1975-1982)”, en *Aletheia*, vol. 2, N° 4, julio 2012; Pedro Rodolfo Kozul “La postura política del Partido Comunista Argentino entre los años 1976-1983. ¿Rumbo a una política errante o errante en una política sin rumbo?”, en *Revista Izquierdas*, N° 16, agosto 2013.

estrategia consistía en formar un partido de cuadros profesionales para dotar a las masas de una dirección revolucionaria. Pero la toma del poder y la imposición de la *dictadura del proletario* eran impensables sin la intervención de la violencia organizada, por eso, la conformación de un ejército revolucionario y de una dirección militar aparecía como una condición para el éxito de la insurrección. No obstante, en opinión de Lenin, la intervención de los destacamentos armados dependía de la configuración previa de una “situación revolucionaria”<sup>5</sup>. Según el líder bolchevique la experiencia de la insurrección durante el proceso revolucionario de 1905 había dejado enseñanzas sobre las condiciones que podían determinar el pasaje de las tropas al campo del pueblo: la radicalización de los ejércitos modernos era posible pero a condición de que la revolución adquiriese un carácter de masas. Para ello se comprendía la necesidad de un trabajo entre las tropas aun a sabiendas que no pasarían de bando como resultado de la labor de persuasión, sino en el marco de la agudización de la lucha revolucionaria, cuando se produjese una verdadera lucha por las tropas entre la revolución y la contrarrevolución<sup>6</sup>. Como puede verse, la formación de un ejército revolucionario se ubicaba al final y no al comienzo del proceso de la lucha contra el Estado y emergía como una consecuencia de la influencia de las tendencias disruptivas de las masas al interior de las Fuerzas Armadas. Subsiguientemente, correspondía al partido poner en marcha un trabajo de tipo preparatorio entre los uniformados y formar los cuadros para que, en el momento decisivo, orientasen la acción hacia el campo de la revolución. La labor debía consistir en explotar las profundas diferencias de clase que arraigaban al interior de las instituciones militares concentrándose especialmente en los soldados que padecían las arbitrariedades de los oficiales y se hallaban bajo amenaza de ser fusilados por “insubordinación”<sup>7</sup>.

A lo largo de 1905 y 1906 se produjeron entre los marinos de la Rusia zarista una serie de revueltas militares que sirvieron a Lenin para describir la realidad de los soldados y establecer un programa mínimo que tendía un puente entre las reivindicaciones específicas y las del conjunto de las clases explotadas. Por un lado, se peticionaba por la mejora de las condiciones económicas, por otro, se establecía la necesidad de la democratización de las instituciones militares. Lenin remarcaba que los soldados no querían ni debían permanecer ajenos a la política. Que el reclamo de la infantería de Petersburgo y de otros cuerpos militares apuntaba a terminar con el ejército de casta y a sustituirlo por un ejército de ciudadanos libres e iguales<sup>8</sup>. Así, la reivindicación de la participación política de las Fuerzas Armadas se oponía de principio a fin al planteo liberal sobre la prescindencia política. En la óptica del liberalismo, la exclusión de los militares del terreno político es condición para evitar su autonomización y potencial acción para desestabilizar el orden constitucional en virtud del monopolio de la fuerza que ejercen<sup>9</sup>. En cambio, para Lenin, el Estado en todo momento se organiza en

---

<sup>5</sup> Vladimir Lenin “La bancarrota de la Segunda Internacional” (1973 [1915]: 100) On line: [http://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/oe12/lenin\\_obrascogidas05\\_12.pdf](http://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/oe12/lenin_obrascogidas05_12.pdf). Disponible en noviembre de 2012.

<sup>6</sup> Vladimir Lenin *La cuestión militar y el trabajo político en las Fuerzas Armadas*, Buenos Aires: Anteo, 1973[1905], p. 41.

<sup>7</sup> *Idem*, p. 33.

<sup>8</sup> *Idem*, p. 35.

<sup>9</sup> Véase por ejemplo, Samuel Huntington *The Soldier and the State: the theory and politics of civi-military relations*, Cambridge: Mass, 1957.

función de los intereses de la clase capitalista, con indiferencia del régimen político que impere. De manera que la neutralidad de las Fuerzas Armadas –y de las fuerzas de seguridad en general– solo sirve para convertirlas en instrumentos dóciles al servicio de políticas contrarias a los intereses de los trabajadores.

La experiencia bolchevique estaba en la base del trabajo que el PC se proponía desarrollar con las Fuerzas Armadas. Originalmente, se trataba de politizar a los sectores más plebeyos del escalafón –suboficiales y conscriptos– con el propósito de revelar que su condición de clase los hermanaba con los intereses de los trabajadores y los enfrentaba a la oficialidad de su Arma. Pero con la asunción del programa de Frente Democrático Nacional en los años 30 la política hacia las Fuerzas Armadas quedó modificada<sup>10</sup>. Desde entonces, el PC buscó activar una identificación de clase más amplia que incluía a la pequeña y mediana burguesía nacional. En su visión, la incorporación de los uniformados a la política debía estar al servicio del desarrollo capitalista de la nación: defender las libertades democráticas, tarea que comenzaba con la lucha en pos de la pluralidad de opiniones al interior de las instituciones militares, y pugnar por el desarrollo de una política de industrialización. De esta última exhortación derivaba la idea de que las Fuerzas Armadas podían desempeñar un rol progresista si eran incorporadas a la alianza o coalición de fuerzas democráticas, e incluso sustituir a la burguesía nacional cuando ésta se mostrase incapaz de desarrollar las tareas de la revolución democrática. Ya en el X Congreso partidario en 1941, Victorio Codovilla llamaba a la unidad con los militares patriotas y a reforzar la defensa nacional con la construcción de una industria básica e independiente<sup>11</sup>. Cinco años después, en ocasión de la V Conferencia Nacional del Partido Comunista, Rodolfo Ghioldi, ponía de relieve el vínculo entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las Fuerzas Armadas:

La capacidad de las fuerzas armadas está en función [...] del grado de desarrollo de las fuerzas de producción y del grado de independencia de tales fuerzas productivas; [...] No es posible una impecable organización de la defensa nacional con la rémora del latifundio ni con la asfixia industrial; [...] aquella demanda un rápido desenvolvimiento industrial capaz de satisfacer las necesidades de las fuerzas armadas<sup>12</sup>.

De manera que la adopción del viraje doctrinario formalizado a partir de 1935 modificaba substancialmente la manera de abordar a las Fuerzas Armadas con relación a los planteos originales del leninismo. Desde ese momento, el desarrollo partidario entre la suboficialidad debía complementarse con una labor en la oficialidad que enfatizaba la necesidad de producir cambios en la orientación política de las

---

<sup>10</sup> El llamado Frente Democrático Nacional constituía la expresión nativa de la estrategia de revolución democrática. Según esta última idea, en los países oprimidos era posible separar ésta etapa de la revolución socialista. Sostenía que en los países “atrasados” o “semifeudales”, la tarea de los comunistas consistía en desarrollar el capitalismo, introducir la reforma agraria, fortalecer la burguesía nacional y el crecimiento del proletariado.

<sup>11</sup> Sobre las resoluciones del X Congreso, véase, entre otros, Victorio Codovilla *Escritos y discursos. Selección de textos con motivo de su sesenta aniversario*, Capítulo III, “La estructura económico-social de la Argentina y de los demás países de América Latina y el carácter de la revolución”, Buenos Aires: Fundamentos, 1954.

<sup>12</sup> *Nuestra Palabra*, Segunda Época, Año II, N° 97, p. 7

instituciones para contrarrestar su transformación en “partido de la oligarquía”. Así, se convocaba a los oficiales “progresistas” a que se sumasen a un proyecto político democrático, nacional y antiimperialista. En tal sentido, el PC ya no se proponía enfrentar a los militares con los objetivos de su institución –administrar la violencia del Estado capitalista– sino insuflar la idea de que la verdadera defensa de la patria exigía la unidad nacional, la colaboración de clases “verdaderamente” nacionales, en función del combate contra el imperialismo, el capital concentrado y la oligarquía. Dicho de otro modo, la alianza con los oficiales democráticos representaba en el dominio de las Fuerzas Armadas, lo que la burguesía progresista entre los capitalistas llamados a desarrollar el país. El programa de los oficiales afiliados al partido debía ser la democracia y el progreso contra las tendencias fascistas que anidaban en las instituciones militares. Plácido Grela, periodista e historiador del PC, especialista en historia militar, señalaba:

Las Fuerzas Armadas argentinas están para custodiar la defensa nacional, asegurar la vigencia de la constitución y de la ley y afianzar, por sobre todas las cosas, la vigencia de un sistema social realmente democrático que a la par de garantizar la libertad y la justicia, se encargue de afianzar los pilares de la soberanía. Nuestro Ejército, debe ser, tal como lo señaló el general Enrique Mosconi, durante un acto realizado en 1912, con motivo de inaugurarse la Escuela Militar de Aviación, “...guardia armada de las glorias nacionales, institución del orden, garantía de todas las libertades que consagra toda su voluntad al cumplimiento del deber, para que la patria marche serena y segura por el camino del engrandecimiento y el progreso<sup>13</sup>.”

Como se desprende del texto, para defender la democracia había que “asegurar la vigencia de la constitución” y para conseguir el desarrollo del capitalismo nacional había que “velar por el engrandecimiento y el progreso”. En consecuencia, el programa del PC hacia las Fuerzas Armadas conservaba de los planteos leninistas la exhortación a que participasen en política, pero se alejaba de éstos en cuanto se desplazaban hacia el ámbito de las propuestas nacionalistas. El modelo por excelencia desde entonces sería el *tenentismo* brasileño cuya experiencia, en opinión del PC, mostraba que la incorporación de militares a los planes revolucionarios era posible.

El proceso de transformación en el contenido político con que se abordaba a los militares y el lugar que ocupaba la violencia en la estrategia del partido terminó de completarse luego del XX Congreso del PCUS realizado en 1956, el cual desarrolló la idea de la variedad de formas de paso al socialismo según las particularidades de cada país. Por un lado, se hacía hincapié en la vía pacífica y parlamentaria al socialismo sin insurrección armada ni guerra civil. Por otro, se habilitaban múltiples formas de tránsito al socialismo, lo cual incluía el potencial apoyo a un golpe militar, siempre que tuviera características antiimperialistas. Sin embargo, el antiimperialismo como corriente históricamente definida, no siempre fue acompañado por un programa de izquierda, lo que no impidió, como veremos más adelante, el apoyo del comunismo a espacios políticos nacionalistas, inclusive anticomunistas, por el simple motivo de que ocasionalmente se enfrentaran al imperialismo norteamericano u europeo.

---

<sup>13</sup> Plácido Grela *Fuerzas Armadas y soberanía nacional*, Ed. Litoral, Rosario, 1973, p. 308

De manera que la idea de la variedad de formas de paso al socialismo en el marco de la política de frente popular (renombrada como Frente Democrático Nacional) y de revolución por etapas creó las condiciones necesarias para el potencial aval del partido a experiencias políticas diversas. En cambio, el PC rechazaba la implementación de la vía guerrillera y combatía la influencia que el modelo guevarista ejercía sobre buena parte de la izquierda latinoamericana, e inclusive sobre algunos partidos comunistas como el de Venezuela, Guatemala y Paraguay. El PC vernáculo se mostró entre los más resistentes a incorporar estos métodos y bregó, en cambio, por crear “las condiciones favorables para la toma del poder por vía pacífica, sin excluir la acción parlamentaria”<sup>14</sup>. La vía no pacífica, teóricamente, sólo quedaba habilitada en aquellas situaciones en las que un gobierno cerraba todas las posibilidades democráticas.

### “PROGRESO” VS. “REACCIÓN”

En la producción histórica del propio PC las Fuerzas Armadas aparecen siempre debatiéndose entre dos grandes emplazamientos: “democracia-progreso” Vs. “fascismo-atraso”. En esta visión, la formación de la fuerza democrática databa de la propia fundación de la nación y de un acontecimiento en particular, las invasiones inglesas y el origen de las milicias que eran la base del poder popular en el Ejército. Para Leonardo Paso aquel proceso contenía todos los elementos que lo transformaban en una auténtica insurrección. Junto a la movilización del pueblo había emergido un sector dirigente esclarecido y decidido a transformar la situación tal y como se terminó de expresar durante las jornadas de mayo de 1810. Un ejemplo temprano de ese comportamiento unitario entre pueblo y ejército lo brindaba la gestión de Mariano Moreno como Secretario de Guerra cuando “asigna a los ejércitos patriotas el objetivo de conquistar la libertad para los pueblos de interior y de contribuir a la transformación de la injusta sociedad colonial, razón por la que reciben el nombre de “ejércitos auxiliares de los pueblos”<sup>15</sup>. La operación historiográfica ponía de relieve que si el proceso de Mayo se había desenvuelto en profundidad había sido en virtud de la politización de las milicias. Los ejemplos podrían multiplicarse. Paso unía las reivindicaciones del pasado a las del presente y dejaba planteada la necesidad de construir un ejército que barrera con los privilegios de elite. A partir de esta lectura el PC sostenía que era necesario retomar la tradición democrática como condición para la reconciliación de los militares con el pueblo. Por lo tanto, las instituciones debían democratizarse sobre la base de una firme politización de sus filas para evitar la transformación de los uniformados en mercenarios. Entre los antecedentes históricos más cercanos el comunismo destacaba la labor del Teniente General Pablo Riccheri, autor de la Ley de Organización del Ejército sancionada en 1901 bajo la presidencia de Julio Argentino Roca. Por dicha ley, todo argentino, varón, mayor de 18 años, quedaba obligado a cumplir el servicio militar. En la visión del partido, Riccheri había realizado un aporte fundamental en el camino hacia la democratización del mundo militar.

---

<sup>14</sup> Gabriel Rot “El Partido Comunista y la lucha armada”, en *Lucha Armada en Argentina*, Año 2, N° 7, 2006, p. 15.

<sup>15</sup> Leonardo Paso “Mayo, ejército y política”, en *Selección de trabajos sobre la cuestión militar*. Documento de uso interno. Julio de 1976, p. 5.

Inclusive, en varios trabajos dirigidos a los hombres de armas, destacaban pasajes de sus discursos orientados a poner coto a la arbitrariedad de los oficiales<sup>16</sup>. Sin embargo, estos análisis tomaban distancia de Riccheri en lo que concernía a la prescindencia política. Para el PC era muy importante que los gobiernos democráticos construyeran una base leal en las Fuerzas Armadas para que, en caso de asonadas por parte de los sectores reaccionarios, pudiesen intervenir en su defensa. Va de suyo que en esta lectura el PC era incapaz de pensar que dichas armas, por el solo hecho de profesar la democracia, se abatieran sobre el pueblo.

En consecuencia, el Partido Comunista tendió a construir sus análisis sobre los movimientos castrenses en base a interpretaciones maniqueas que, a la postre, fueron un obstáculo para captar la complejidad de las internas. Si durante la segunda mitad del siglo XX la búsqueda de las corrientes democráticas se fundamentaba en que habían arraigado desde siempre, no solamente se pasaba por alto las transformaciones en el país y en el mundo, sino también los múltiples enfrentamientos al interior de las Fuerzas Armadas. Las rivalidades de jerarquías o de arma no podían asimilarse fácilmente a uno de estos dos emplazamientos de contornos indefinidos; lo “popular” y lo “reaccionario”, podía fluctuar y alternar, según el momento, entre una misma persona o grupo, o directamente carecer de sentido. Más aun, el maniqueísmo, la simple oposición entre “progreso y “reacción” derivaba en el hábito político, devenido en una “táctica” sistemática, de tomar partido por el bando “progresista” o menos “reaccionario”. De esta manera, frente a la ausencia de corrientes comunistas de real envergadura, la política de alianzas consistía en apoyar al “mal menor”.

Por ejemplo, la elección del “mal menor” se tradujo en el terreno de las contiendas militares de los años 1962 y 1963 en el apoyo a la facción azul a pesar de su explícito anticomunismo, elemento que compartían con los colorados<sup>17</sup>. Pero esa opción era posible porque sobrestimaban la presencia de sectores democráticos entre los militares. Dicho de otra manera, en el relato del partido, porque en todo momento existían condiciones subjetivas propicias, cabía esperar que un sector de los militares se volcase a la defensa de un proyecto de liberación nacional. Las simpatías aisladas de algunos uniformados solían exagerarse o transformarse en tendencias definidas, habitualmente presentadas como la antesala de la reconciliación entre el pueblo y las Fuerzas Armadas.

...Van creciendo los sentimientos progresistas, populares y democráticos en el seno de las Fuerzas Armadas; los grupos más reaccionarios de las capas superiores ya no pueden operar como se les antoje. Lo ha confesado amargamente el levastisco general Toranzo Montero durante los episodios entre “azules y colorados”: no lo acompañaban muchos oficiales, la suboficialidad, los soldados. Es un hecho de importancia histórica que la derrota de la conspiración derechista del brigadier Cayo Alsina se haya producido gracias a la posición y decisión de los aspirantes (...) el periódico fascista *Segunda República* flagelaba la “rebelión de los sargentos” y refiriéndose a la manera en que había sido derrotado el brigadier Cayo Alsina consideró oportuno evocar el recuerdo del acorazado Potemkin... No hay dudas que están soplando nuevos vientos en las

<sup>16</sup> Plácido Grela *op. cit.*, p.167.

<sup>17</sup> Véase, Alain Rouquié *Poder militar y sociedad política en la Argentina. II. 1943-1973*, Buenos Aires: Emecé, , 1986, p.213

Fuerzas Armadas. Añadamos aun los numerosos actos de fraternización entre obreros y soldados durante los días del encuentro entre “azules” y “colorados”. No puede negarse que el giro a la izquierda va llegando a los cuarteles<sup>18</sup>.

La última cita pertenece a un documento presentado durante el XII Congreso del partido realizado en 1963. Que las afirmaciones sobre “los nuevos vientos” y la llegada del “giro a la izquierda a los cuarteles”<sup>19</sup> fueran formuladas en los informes congresales nos permite afirmar que no se trataba de meros recursos propagandísticos, sino que constituían un eje del análisis del partido. Sin embargo, y a pesar de las constantes referencias a la división en las Fuerzas Armadas entre un sector reaccionario y uno progresista, eran pocas las evidencias que ilustraban el accionar de los últimos, mucho más escasas si se las compara con la enorme cantidad de elementos que, en cambio, confirmaban que los llamados “gorilas” o “reaccionarios”, según la coyuntura, actuaban sistemáticamente<sup>20</sup>.

Sin embargo, los sucesivos desencantos eran inevitables. Ya en 1965 el PC había corregido la caracterización sobre las corrientes militares y admitido que luego de abril de 1963, la antigua división entre azules y colorados había dejado de tener sentido ya que “varios colorados se azularon y algunos azules adoptaron no pocas premisas de los colorados, dando lugar a un nuevo matiz reaccionario, los violetas”<sup>21</sup>. Con todo, a pesar que el partido reconocía que la conducción de las tres Armas mantenía una orientación basada en la teoría del frente interno y la guerra contrarrevolucionaria, continuaron insistiendo con la necesidad de apoyar al sector denominado “legalista” compuesto por algunos azules no golpistas y por los “nasseristas”. Esta caracterización resistió al paso del tiempo y solo se fue ajustando a las distintas coyunturas hasta 1976 cuando el PC considere a Videla como un conductor “moderado”.

No obstante, debe decirse que la expectativa en los militares no era privativa del PC y muchos sectores de la izquierda anhelaban la unidad de las Fuerzas Armadas y el pueblo. En rigor, las tendencias del peronismo de izquierda añoraban la posibilidad de resolver la crisis política mediante una intervención armada desde la fallida sublevación del General Juan José Valle en 1956, ilusiones que no fueron abandonadas ni siquiera por las guerrillas de la década de 1970. De manera que la idealización del tópico pueblo-FFAA sobrevivió a la unificación ideológica de los uniformados detrás de la Alianza Para el Progreso y la Doctrina de Seguridad Nacional (DSN). Con la llegada de Héctor Cámpora las expectativas se reavivaron y amplios sectores de la juventud pusieron en marcha actividades dirigidas a la reconciliación con el Ejército. A instancias de Jaime Cesio, Secretario General del Ejército bajo la comandancia del Teniente General Jorge Raúl Carcagno, se llevó a cabo el llamado Operativo Manuel Dorrego de Reconstrucción Nacional. Se trataba de una actividad conjunta cívico-militar destinada

---

<sup>18</sup> Rodolfo Ghioldi “¿Ejército popular o ejército pretoriano? XII Congreso” en *Escritos de Rodolfo Ghioldi, Tomo 1*, 1963

<sup>19</sup> Desde los años 60 el partido comenzó a caracterizar que se estaba produciendo un “giro a la izquierda del peronismo”.

<sup>20</sup> Véase por ejemplo, Plácido Grela *op. cit.*, pp. 412, 413.

<sup>21</sup> Eduardo Cuenca “La situación en las Fuerzas Armadas”, en *Nueva Era* N° 5, junio de 1966, p. 32.

a mejorar la imagen del Ejército luego de años de dictadura. De este modo se convocó a los militares y a las Juventudes Políticas Argentinas (JPA), de las que la Federación Juvenil Comunista (FJC) formaba parte junto a la Juventud Peronista (JP) y la Juventud Radical (JR), para trabajar en la mejora de los campos de la zona del noroeste bonaerense que durante 1972 habían sufrido intensas inundaciones. En consecuencia, las lecturas realizadas por el PC sobre el papel de las Fuerzas Armadas no desencajaban completamente del imaginario sostenido por un sector amplio de la izquierda nacional que después de todo depositaba su esperanza en el regreso de Perón, un militar.

### **PARA CONSTRUIR LA “COLUMNA ROJA”**

Los esfuerzos del PC para dirigirse a las distintas fuerzas militares y de seguridad eran sistemáticos y contemplaba diversas tareas que intentaban cubrir todo el arco de relaciones posibles. Mientras la FJC abordaba fundamentalmente a los conscriptos, el partido se ocupaba de las relaciones con las distintas instituciones: Fuerzas Armadas, Policía, Gendarmería y Prefectura. Para desarrollar este enorme cometido se editaban varios materiales: documentos, libros y biografías que exaltaban el patriotismo de ciertos militares.<sup>22</sup> Además, en el periódico del partido *Nuestra Palabra* era habitual encontrar una columna con noticias sobre los movimientos internos en las instituciones armadas. Estos análisis buscaban interpelar a los uniformados y ganar la confianza de los más permeables sugiriendo que contaban con información justamente porque tenían inserción dentro de las Fuerzas<sup>23</sup>. Otra arista de la labor con los militares era la búsqueda de vínculos con organizaciones que apuntaban a conquistar la opinión del universo castrense. Como parte de la política de alianzas amplias apoyaban las iniciativas tomadas por el Movimiento de Defensa del Patrimonio Nacional, (Modepana), en el cual participaban algunos militares, en teoría, afiliados al partido. Esta organización, de composición mixta, civil y militar, fue constituida hacia 1964 por políticos radicales, socialistas y más tarde por sindicalistas de la CGT de los Argentinos. En su fundación participó el general Carlos Jorge Rosas quien habría sido afiliado al Partido Comunista por Rodolfo Ghioldi en 1964<sup>24</sup>. Rosas, fue Comandante en Jefe del Segundo Cuerpo del Ejército en Rosario y pasó a retiro durante la presidencia de Illia<sup>25</sup>. Otro referente militar muy importante para el partido era el General de División Juan E. Guglielmelli, desde 1969 director de la revista *Estrategia*, voz del Instituto Argentino de Estudios Estratégicos y de las Relaciones

---

<sup>22</sup> Véase, Archivo del Cedinci, Fondo Horacio Veneroni. Allí se puede encontrar una interesante selección de notas e informes escritos por el PC sobre temas militares.

<sup>23</sup> Era una práctica habitual entre los funcionarios del PC que “atendían” a los militares registrar por escrito las reuniones que sostenían, las impresiones que causaban y los resultados que obtenían. En general, estos informes solían estar teñidos de un optimismo que luego no se correspondía con el crecimiento real del partido entre los uniformados. Las razones de dicha discordancia son complejas. Creemos, sin embargo, que la tendencia a la burocratización del partido, en este caso, entendida como una actitud de complacencia hacia la dirección y la línea del partido, obturaron la potencialidad de dichos informes en tanto insumos para la caracterización de la realidad. Para un análisis de los informes referidos, Véase, Natalia Casola *Estrategia, militancia y represión. El Partido Comunista argentino durante la última dictadura militar (1976-1983)*. Tesis doctoral, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2012.

<sup>24</sup> Véase Isidoro Gilbert *El Oro de Moscú*, Buenos Aires: Sudamericana, 1994, p. 293.

<sup>25</sup> Plácido Grela *op. cit.*, p. 416.

Internacionales (INSAR). Es los materiales teóricos del partido solía incluirse sus aportes y en varias ocasiones, algunas durante la última dictadura, fue quien abrió las puertas a dirigentes del partido para que pudieran relacionarse con altos mandos. Tanto Modepana como la revista *Estrategia* defendían un programa político y económico de contenido nacionalista similar al que proponía el PC.

Por otro lado, el Partido Comunista tenía una política para desarrollar una corriente propia de oficiales de carrera. De acuerdo con algunos documentos esta decisión se plasmó en la conformación en 1962 de la Unión de Oficiales Democráticos Argentinos, Lautaro. Desde entonces, y hasta 1982, se pudieron rastrear boletines suscriptos por este organismo cuya existencia, al menos nominal, fue confirmada por varios entrevistados. Según pudimos saber, esos materiales eran distribuidos por correo entre un padrón de militares de carrera caracterizados como “democráticos” o “moderados”. El reparto se hacía por esos medios para mantener la discreción de la organización y para no verse en la necesidad de confesar cuál era la verdadera influencia alcanzada.

La propaganda del partido hacia este sector era muy abundante. La lectura de esos documentos resulta interesante en la medida que informan sobre los propósitos que guiaban la intervención partidaria. En el año 1968, por ejemplo, publicaron un folleto que por su volumen y contenido permite suponer que mereció un trabajo de distribución planificada. En él se resumía la actividad de Unión de Oficiales Democráticos Argentinos durante los seis años de funcionamiento. Se compendia sus intervenciones y en tono de manifiesto enumeraba los propósitos que justificaban su creación y el programa que los mancomunaba. El editorial comenzaba con el reconocimiento de que las FF. AA intervenían en política a pesar de las prohibiciones que existían:

La política que se preconizó desde la Logia General San Martín (1921), desde el GOU, desde los grupos gorilas y ahora, desde el gobierno dictatorial de la llamada “Revolución Comunitaria” ha sido para servir los poderosos intereses del privilegio y del capital foráneo en detrimento del patrimonio nacional y del trabajo realmente argentino [...] Todo esto nos lleva a la necesidad de propiciar, en forma perentoria, la más amplia unión de los militares patriotas con el pueblo [...] Se trataba, nada menos que de salvar a la institución corrompida por la orientación elaborada en las usinas del Pentágono. La teoría del Frente Interno explicaba el alejamiento entre las Fuerzas Armadas y el pueblo y provocaba que [...] la gente mire con recelo y antipatía el uniforme que otrora los jefes y oficiales del Ejército, de la Armada y de la Fuerza Aérea, lleváramos con orgullo. Hoy, nosotros mismos, eludimos usarlo fuera de lo estrictamente necesario. [...] No cabe duda que este es el único camino capaz de facilitar el reencuentro del pueblo con las fuerzas armadas... Al sostener estas posiciones sabemos que nos hacemos eco, en su espíritu, del anhelo de la mayor parte de la oficialidad, en particular de los camaradas oficiales jóvenes y de la suboficialidad<sup>26</sup>.

---

<sup>26</sup> *Una límpida y patriótica trayectoria al servicio de las Fuerzas Armadas y el país*. Documento de la Unión de Oficiales Democráticos Argentinos, 1968.

Como puede verse, la declaración intentaba dejar en claro que las opiniones vertidas se correspondían con el sentir de la “mayor parte de la oficialidad” y que la adopción de la Doctrina de Seguridad Nacional era responsabilidad exclusiva de los altos mandos. El documento concluía con la definición del programa político de Lautaro resumido en siete puntos:

1. La defensa del patrimonio nacional, esencialmente de la industria pesada, de la energía y del complejo de Fabricaciones Militares, AFNE, DINFIA, etc.
2. La denuncia del Pacto de Ayuda Militar (PAM) El equipamiento deberá hacerse sobre la base de la industria nacional sin interferencias monopolistas y complementadas con compras en el extranjero que no signifiquen ataduras políticas, ni subordinación a estrategias extra nacionales.
3. La postulación de una doctrina militar independiente...
4. El abandono de los organismos militares supranacionales
5. La solución pacífica de todo litigio fronterizo o con cualquier otro país sobre la base del principio de la no injerencia y del respeto de la autodeterminación de los pueblos. Oposición a cualquier envío de efectivos a Vietnam u otro país con fines intervencionistas.
6. Racionalización del presupuesto militar sobre la base de favorecer las exigencias perentorias de mejores haberes, viviendas, sanidad, etc. Que requieren la gran mayoría de los oficiales, sin hipertrofias burocráticas y gasto superfluos que impliquen una mayor carga para el país.
7. El afianzamiento de un clima realmente democrático en las Fuerzas Armadas, de respeto de las ideas y creencias y de cese de toda discriminación social, racial y política. Selección y ascensos sin otro requisito que la idoneidad profesional y el patriotismo, base para consolidar la disciplina castrense, elevar la moral y afianzar el principio de autoridad<sup>27</sup>.

El programa combinaba el reclamo de un plan económico industrialista que proponía al Estado como agente del desarrollo capitalista con la reivindicación de la democratización de la vida política al interior de las instituciones militares. Sobre la política internacional tomaba una posición antiimperialista y dejaba abierta la posibilidad de una confraternización con potencias “que no exijan alineamientos políticos extra nacionales”, en evidente referencia a la Unión Soviética. Estos folletos continuaron apareciendo de manera esporádica y siempre dejaban ver que el PC contaba con información de primera mano que sólo podía provenir de las propias instituciones militares. El último documento firmado por Lautaro que se pudo documentar corresponde al año 1982 y fue elaborado con posterioridad a la Guerra de Malvinas.

---

<sup>27</sup> *Una límpida y patriótica trayectoria al servicio de las Fuerzas Armadas y el país*. Documento de la Unión de Oficiales Democráticos Argentinos, 1968.

Asimismo, el PC era un convencido defensor del servicio militar obligatorio porque entendía que expresaba el elemento más progresivo dentro de las regulaciones existentes en el mundo militar: “Las leyes elaboradas por Richieri representan primordialmente la democratización e independencia de las Fuerzas Armadas”<sup>28</sup>. Por esta razón, el comunismo era contrario a las opiniones abolicionistas e instaba a sus militantes a que realizaran la conscripción e intentaran ingresar en la carrera militar. La “colimba” debía servir como una instancia “gratuita” de formación militar y, como tal, debía aprovecharse al máximo. Pero además, en opinión del partido, los conscriptos podían llegar tener acceso a información valiosa o influir sobre el curso de una determinada acción. Varios militantes al ser entrevistados nos narraron sus historias como jóvenes colimbas e intentaron convencernos acerca de la importancia política de esta experiencia. Patricio Echegaray, por ejemplo, contó:

...yo recuerdo que estando en mi servicio militar hubo un momento en que se planteó que el regimiento en que nosotros estábamos participara de una represión a un conflicto en una instalación obrera fabril. Y acá estábamos juntos varios. Teníamos formado un círculo de la juventud Comunista, y bueno... nos movimos, nos movimos, demoramos, tratamos y logramos demorar, hasta que finalmente el conflicto se fue resolviendo por otras vías y el regimiento no reprimió<sup>29</sup>.

La anécdota de Echegaray es ilustrativa de cómo la línea del partido podía materializarse en situaciones concretas. Así, un grupo pequeño de conscriptos podía tener la capacidad de demorar una situación indeseada para cualquier militante. Sin embargo, también desliza que de no haberse resuelto el conflicto por “otras vías”, se hubiesen visto obligados a participar de la represión. Es curioso que ni en éste, ni en otros relatos, que por razones de espacio no incluimos en este artículo, el desenlace haya sido infeliz. Es posible que en el proceso de reconstrucción de las memorias sea más sencillo encontrar en los entrevistados una predisposición a narrar solo aquellas anécdotas que permiten ilustrar el ideal del partido y no los problemas de la aplicación de sus tácticas para acercarse e influir en el sector castrense, un ámbito, *a priori*, adverso para los comunistas en un periodo pleno de imágenes de la Guerra Fría. No obstante, lo cierto es que para los militantes comunistas la formación militar era una parte más e indisoluble de su educación política y este concepto es remarcado en todos los testimonios. Inclusive, las situaciones adversas debían servir para templar el carácter y entrenar la disciplina, dos requisitos necesarios para enfrentar la inevitable violencia estatal<sup>30</sup>. Estas características de la militancia en el PC no eran exclusivas del universo

---

<sup>28</sup> Plácido Grela *op. cit.*, p. 375.

<sup>29</sup> Echegaray Patricio. Entrevista realizada en mayo de 2010 en la Ciudad de Buenos Aires, Argentina. Entrevistador: Natalia Casola.

<sup>30</sup> En casi todas las entrevistas realizadas en el marco de la tesis doctoral, investigación en la que se enmarca este artículo, hemos podido constatar que los comunistas eran permanentemente formados para soportar la persecución, la cárcel y la tortura. En tal sentido, con frecuencia el partido editaba materiales en los que destacaba las trayectorias de los mártires del comunismo internacional, una manera de indicar cuál era la conducta que debía seguir todo militante que se preciara de pertenecer al partido de los “bolcheviques”. Por ejemplo, véase, Víctorio Codovilla, “Respecto al comportamiento de

masculino, aunque entre los varones estuviesen más exacerbadas. Las mujeres también participaban de la misma lógica apoyando a los hijos y parejas que eran sorteados para realizar la colimba, o cuando eran designados por el partido para tareas “especiales”. Pero también ellas desarrollaban actividades desde afuera de los cuarteles. En determinadas coyunturas, y no eran pocas, eran las mujeres las que distribuían volantes entre soldados y conscriptos. Es probable que esta tarea buscara “sensibilizar” a los militares mostrándoles que detrás de la represión había familias que quedaban afectadas<sup>31</sup>.

Llegados a este punto cabe preguntarnos: ¿Qué influencia real tuvo el PC entre las Fuerzas Armadas y de seguridad durante los años 70? ¿Qué resultados obtuvieron de estos esfuerzos sistemáticos por acercarse y penetrar políticamente a los uniformados? Sin negar la existencia de la estructuración política de un grupo de militares sostenemos que éste debe haber constituido una verdadera minoría. Con excepción de Rosas y la cercanía de Guglielmelli, no hemos podido encontrar militares de renombre, más allá de referencias laterales de militantes que aseveraron tener familiares o conocidos comunistas dentro de las Fuerzas o bien de presos políticos que relataron haber sido ayudados por otros militantes que trabajaban en las cárceles<sup>32</sup>. Sin embargo, tampoco hay razones para aseverar la inexistencia de dicha corriente, sobre todo porque el PC era una organización convencida de la importancia del trabajo con los militares y que asignaba tareas de especialización entre sus cuadros. Algunos eran elegidos para cumplir tareas en una fábrica, en un barrio o en una organización específica, otros para trabajar e infiltrar a las fuerzas de seguridad. Un elemento interesante es la permanencia del secreto dentro de las filas comunistas. Es cierto que la reserva de información no puede adjudicarse exclusivamente al PC porque caracteriza a cualquier organización conspirativa. No obstante, habida cuenta del paso del tiempo y la actitud de apertura que tuvo el partido en los últimos años con relación a su historia, llama la atención la insistencia en mantener en secreto la verdadera participación de los comunistas en las filas castrenses. Dejando por un momento a un lado la escabrosa asociación que puede hacerse entre la línea que sostuvo el partido durante la última dictadura y la presencia de militares comunistas dentro de las Fuerzas, sostenemos que esta arista de la militancia comunista sigue sin ser revelada para no concluir en algo que aunque resulte difícil demostrar parece bastante evidente: la presencia de comunistas en la oficialidad constituía una verdaderamente minoría. Sin embargo, su debilidad numérica no debe hacernos perder de vista la potencia subjetiva que tenía la existencia de una corriente de oficiales “rojos”, así fuera solamente un rumor. Hacia afuera, pero sobre todo hacia adentro del partido la “columna roja” amplificaba las ilusiones de los comunistas, hacía mucho más creíble la línea del partido y creaba confianza en torno de las caracterizaciones que hacía el Comité Central sobre los movimientos militares. La mayoría de los militantes confiaba

---

los comunistas ante la policía y los tribunales. La lección que dio Dimitrov.” *En Escritos y Discursos...* Buenos Aires: Fundamentos, 1954.

<sup>31</sup> Sobre el uso de las construcciones de género en el PC, véase, Natalia Casola “Con `m´ de `mamá´. Las militantes comunistas y la Unión de Mujeres Argentinas durante la segunda mitad del siglo XX”, *Revista Amnis*, N° 13, 2014.

<sup>32</sup> Para un desarrollo de estas referencias véase Natalia Casola *Estrategia, militancia y represión. El Partido Comunista argentino durante la última dictadura militar (1976-1983)*, Tesis Doctoral, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2012.

en que existían hombres de armas que abrevaban en el comunismo y esa creencia fortalecía el recurrente llamado a la conformar una “coalición cívico militar”. La sistematicidad de la propaganda, entonces, decantó en una especie de mito acerca de la fuerza militar del PC cuyo poder de sugestión alcanzaba a propios y a ajenos.

## **OBSERVACIONES FINALES**

En el presente artículo procuramos demostrar el lugar que ocupaban las Fuerzas Armadas en el programa del PC. La premisa era la siguiente: sin su concurrencia ningún proceso de revolución democrática podía sostenerse en el tiempo. En tal sentido era necesario un trabajo a consciencia dentro de todas las fuerzas de seguridad y apoyándose en los sectores “democráticos” torcer la orientación política pro-imperialista y oligárquica que predominaba. Democracia política y desarrollo industrial era la fórmula para el progreso. Así, aunque retóricamente el partido continuaba amparándose en el modelo insurreccional proporcionado por la revolución rusa, el contenido ya era otro. Dicho de otro modo, los trabajos de Lenin que el partido retomaba brindaban una estrategia para quebrar a las fuerzas represivas del Estado capitalista en la revolución proletaria y la guerra civil; y no para la convergencia cívico-militar en el marco de una política de desarrollo del capitalismo. En tal sentido, la concurrencia del PC con el campo del nacionalismo era disimulada por la retórica leninista y, simultáneamente, por la radicalización de izquierda nacional en los años 70, intervención conjunta que ayudaba a legitimar la intromisión política de las Fuerzas Armadas como institución, más allá de las diferenciaciones internas. La búsqueda del progresismo militar los llevó a pivotar sistemáticamente entre sectores contradictorios y a desarrollar un modo de construcción política posibilista que tendía a los acuerdos con el “mal menor” o con un “enemigo principal”, en numerosas ocasiones, de dudosa vocación democrática. Fue lo que ocurrió cuando estalló la crisis entre “azules” y “colorados” y tomaron partido por los primeros.

Asimismo, hemos demostrado que el trabajo con los militares era una constante de la política de partido. En todos los niveles de estructuración los militantes conocían los fundamentos del acercamiento a los uniformados y por eso participaban de las actividades dirigidas a este sector sin demasiados miramientos. No obstante, desde los niveles dirigentes se alimentaba la imaginación sobre la magnitud del trabajo con las instituciones militares. Nadie podía aseverar cuántos eran pero todos afirmaban que existían hombres de armas, que además, eran afiliados al partido. Sostenemos que esta creencia en la fuerza propia jugó un papel importante en el proceso de transmisión de la línea a partir de 1976. Si la dirección del PC sostenía que el “pinochetismo” no había conseguido imponerse, buenas razones tendría. En resumen, la línea de 1976, el mantenimiento del llamado a la convergencia cívico militar no cayó como rayo en cielo sereno. Al contrario, entroncaba con una política histórica del partido cuyos fundamentos conocía toda la militancia.